

HAGAMOS UN
TRATO

NATALIA WAGENER

Copyright © 2020 Natalia Wagener

Título original, «Hagamos un trato»

Todos los derechos reservados.

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora, así como la incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-18489-80-8

Depósito legal: M-3015-2021

1

CHARLOTTE

—¡Charlotte, las galletas! —exclama la señora Benson entrando en la cocina. Corre hacia el horno y lo apaga antes de que yo llegue a él—. Cumplir años te tiene distraída —me recrimina sin eliminar por completo el tono cariñoso de su voz.

—Sí, perdona. Últimamente tengo la cabeza en otras cosas —me disculpo y con cuidado saco la bandeja del horno. Algunas galletas se han tostado un poco más de la cuenta, pero no ha ido a mayores.

—¿En otras cosas o en otro lugar?

—Un poco de todo —le sonrío complice—. Aún no me creo que lo haya conseguido.

—Pues créetelo. Has trabajado duro todos estos años. Si no que me pregunten a mí, que te he visto crecer, aprender, equivocarte y madurar a lo largo de estos... ¿cinco años?

—Cinco años. —Asiento mientras coloco las galletas recién horneadas en una bandeja.

—Aún recuerdo a la niña que apareció una mañana en la puerta, pidiendo un trabajo y declarando ser una gran pastelera...

—rememora fijando su mirada melancólica sobre mí.

—No empieces —le advierto tragándome mis sentimientos. Aún no estoy lista para la despedida ni para empezar con las lágrimas.

—Es difícil no hacerlo. No nos queda mucho tiempo juntas.

Dispuesta a no dejarla continuar por ese camino, sabiendo que las dos acabaríamos llorando y con una clientela observando el espectáculo, agarro la bandeja y me dirijo al mostrador escuchando los pasos de la señora Benson tras de mí.

—¿Cuándo le vas a transferir el dinero a la dueña? —inquire mi jefa.

—Mañana por la mañana —respondo con una sonrisa plena.

Cuando mi madre murió, me quedé sola. Pasé de casa de acogida en casa de acogida durante tres años. En once casas estuve en ese periodo de tiempo, y aunque en ninguna estuve el tiempo suficiente como para encariñarme con alguien, pasar por todo eso me hizo darme cuenta de que no necesitaba a nadie. Conmigo misma me valía. Así que, a los dieciséis años, comencé a faltar a clase para buscar un trabajo con el que poder conseguir dinero para cumplir mi sueño: abrir una pastelería en el pueblo natal de mi madre, en Massachusetts. ¿Una locura? Sí. Pero era mi locura.

Ella siempre quiso volver y enseñarme todo aquello que tanto amaba cuando era pequeña. Me contaba historias del pueblo y de

su infancia en él, historias que quedaban impresas en mi interior y cada día me acercaban un poco más a ella. Su pueblo se convirtió en mi sueño, y mi sueño era algo que estaba dispuesta a cumplir. Porque si no, ¿para qué sirven los sueños, más que para anhelarlos y luchar por ellos? Un sueño muerto no es más que un trozo de infelicidad en tu interior. Y no sé el resto, pero yo no estoy dispuesta a renunciar a mi sueño, y menos a mi felicidad.

—¿Otra vez en las musarañas? —pregunta la señora Benson tras despachar al cliente.

Tuerzo el gesto como única respuesta y me giro hacia la cocina con intención de limpiar un poco antes del cierre.

—¡Char, Char, Char!

Mis pasos se detienen ante la llamada de Liam, que entra como un torbellino en el local. Una involuntaria sonrisa se expande por mi cara. Ese crío va siempre como caballo desbocado.

—¡Liam! —exclamo saliendo de detrás de la barra. Abro los brazos para recibir el tan ansiado abrazo de cumpleaños. Él salta a ellos y yo lucho por no tambalearme. Cada año pesa más y eso mi cuerpo lo nota. No es lo mismo hacerlo cuando él tenía dos años que ahora que tiene siete.

—¡Es tu cumpleaños! —grita a la altura de mi oreja.

—Sí, eso me han dicho —bromeo dejándole en el suelo.

Intercambio miradas con su profesora, la cual no abandona su sonrisa. Al tener la señora Benson un horario que cubre casi todo el día, no puede ir a recoger a Liam al colegio tanto como le

gustaría. De ahí que su profesora, Terry, se encargue de traérmelo sano y salvo.

—Tengo algo para ti —anuncia Liam—. Lo he hecho en clase. La profe me ha pillado y me ha regañado, pero no me lo ha quitado —susurra para que solo yo lo oiga.

Nunca sé qué hacer en estas situaciones. ¿Debería decirle algo por haber estado distraído en clase o ignorarlo y aceptar lo que sea que haya estado haciendo con tantas ganas para mí? En esta ocasión opto por lo segundo.

—Tranquilo, no le diré nada a tu madre —le susurro de vuelta y le guiño un ojo. Probablemente su madre esté observando tras el mostrador. No hace falta conocer mucho a Liam como para saber que la mayor parte del tiempo está haciendo algo que no debería. Es un niño inteligente, bueno y cariñoso, pero también es hiperactivo, curioso y algo mimado. Nadie es perfecto.

Se acerca a Terry, y con el mismo secretismo, esta saca algo del bolso y se lo tiende a Liam, que lo oculta tras su cuerpo mientras camina de vuelta hacia mí.

—Para ti —dice Liam con una amplia sonrisa, entregándome el misterioso regalo.

—Muchas gracias —respondo agarrando la tarjeta que me tiende.

—Mira, sois Kira y tú —explica señalando los dibujos que ha hecho en la portada. A mi gata solo le ha dibujado la cabeza de color negro, pero a mí me ha dibujado entera. Es un desastre dibujando, espero que no se quiera dedicar a ello, pero aun así me

parece un dibujo de lo más hermoso. Puede que sea que me siento sensible, o su entusiasmo, o que vaya a ser el último cumpleaños que pase aquí. Puede que sea una mezcla de todo eso. Pero en este momento he decidido que ese dibujo va a adornar mi nevera de por vida.

—Me encanta, Liam —respondo agachándome a su altura y le envuelvo con mis brazos.

—Char, hay más. Ábrelo —me indica impaciente rompiendo el abrazo.

Sigo sus indicaciones y lo hago. Dentro con la caligrafía irregular de Liam hay algo escrito:

«Feliz cumple.

Te voy a echar mucho de menos.

Te quiero. Dile a Kira que a ella también la quiero».

Lucho por las lágrimas que amenazan con salir. Alzo la mirada y le observo. Observo sus ojos castaños, atentos a mi reacción; su pelo dorado y algo largo; y su boca ligeramente abierta, expectante. Una sonrisa sincera se expande por mis labios y sus ojos se iluminan al ser consciente de que me ha encantado su regalo.

Siento las dudas asaltándome. ¿Y si no estoy tomando la decisión acertada? Sin decir nada, le vuelvo a abrazar. Esta vez con más fuerza, y él me devuelve el abrazo con las mismas ganas. ¿Estaré haciendo lo correcto marchándome a la otra punta del país?

2

CHARLOTTE

—¡Por la cumpleaños! —grita Megan por encima de la música, alzando el chupito.

—¡Por esta noche! —respondo y me llevo el segundo tequila de la noche a los labios. Disfruto y sufro por igual la sensación del líquido arrastrándose por mi interior mientras chupo el limón. Esto es lo que me hacía falta, una noche de chicas con mi mejor amiga. Nada de lágrimas ni sentimentalismos, ya tendremos tiempo para ello. Por ahora, solo diversión—. ¡Otro! —le grito al camarero dejándome arrastrar por la sensación de felicidad de ser legalmente mayor de edad en todos los aspectos.

—A estos invita la casa, preciosa —dice guiñándome un ojo.

—Gracias, guapo.

Le observo con detenimiento cuando se aleja a atender a otra gente. Tiene un culo de escándalo. Cuando me giro hacia mi amiga la encuentro mirándome con una sonrisa divertida.

—¿Qué? Está bueno —respondo encogiéndome de hombros—. No me importaría que fuese mi regalo de cumpleaños —continúo ganándome una carcajada por su parte.

—Pues si el camarero te gusta, sé de otro que te va a gustar más. —La miro sin comprender a qué se refiere.

Ella señala con la cabeza al otro lado de la pista, a una zona de esas exclusivas con sillones y seguridad para traspasar el cordón que la rodea. Vamos, la zona de los niños ricos. Ese espacio cerrado a los mortales, a la vista de todos para que la gente con dinero pueda mirar al resto por encima del hombro. Dudo que algo de lo que haya allí pueda interesarme.

Echo un vistazo por la zona en busca del individuo del que Megan ha hecho referencia, cuando mis ojos se topan con una mirada fija en mí. Un cosquilleo extraño recorre mi cuerpo mientras esos oscuros ojos me inspeccionan detenidamente. Pienso en apartar la mirada, pero también me tienta el saber cuánto aguantará en esta situación. Una sonrisa ladeada y algo arrogante asoma por sus labios al verse retado con ese cruce de miradas. Mi corazón se acelera como respuesta y una sensación extraña se instala en mi interior. No la sé identificar. Lo único en lo que puedo pensar es en la razón que tiene Megan: el tipo ese me interesa más que el camarero.

Desde la distancia y con la luz tenue del local no puedo crear una imagen real de cómo es. Pero lo que veo, o creo ver, me gusta. Tiene el pelo oscuro y algo ondulado, con algún mechón rebelde que le cae por la frente. Sus fuertes brazos están apoyados sobre

el respaldo del sillón, dejando a la vista lo musculosos que son. Y su camisa con los dos botones superiores desabrochados dejan a la vista el inicio de un gran cuerpo. Todo en él rezuma virilidad y atracción, pero también arrogancia y poder.

—Sabía que te gustaría —comenta Megan a mi lado con voz cantarina.

Muy a mi pesar aparto la mirada del adonis y la centro en mi amiga.

—No está mal el niño rico —respondo encogiéndome de hombros mientras trato de ignorar lo que me ha hecho sentir.

—Ya... —responde Megan sin creerse mi falta de entusiasmo. Me conoce demasiado bien—. Te lleva mirando un rato.

—Y ¿cómo sabes que me mira a mí y no a ti? —pregunto volviendo la mirada a él. Aún me observa, pero su expresión se muestra algo divertida ante algo que el chico sentado a su lado ha debido decirle.

—Porque si no me hubiera lanzado esa sonrisa cuando lo descubrí, pero te la ha lanzado a ti cuando te has dignado a mirarle —declara con una expresión de satisfacción. «Jaque mate». Agarra el vaso del chupito olvidado y lo alza en mi dirección—. ¡Por el niño rico que no está mal!

Levanto mi vaso riéndome ante el brindis de mi amiga. Mi mirada viaja hasta el otro lado de la pista y se posa sobre él. Ya no me mira. Ignorando una sensación similar a la decepción asomando por mi interior, me llevo el vaso a la boca y lo vacío.

El resto de la noche vuela. Los minutos avanzan sin que seamos conscientes de ello, las canciones se reemplazan unas a otras en un bucle infinito que nunca termina. Y nosotras lo damos todo en la pista de baile, entre risas y copas.

Noto sobre mi piel una fina capa de sudor provocado por el casi ininterrumpido baile. Mi boca me pide con urgencia un gran vaso de agua para paliar la sed y tratar de contrarrestar el alcohol que fluye en mi interior, el cual lleva un rato jugando con mi estabilidad.

—¡Voy a por agua! —grito a mi amiga haciendo señas para que me entienda. Ella, por miedo a quedarse sola entre tanto tío, me agarra la mano y me sigue a través de la pista hacia la barra.

En cuanto el camarero pone el vaso de agua delante de mí, lo agarro y me lo bebo de golpe. Es una locura el calor que hace aquí. Aunque cuando habíamos llegado había ya algo de gente, no era nada comparado con la cantidad de gente que hay ahora mismo. Es casi imposible moverse con libertad de un lado para otro sin golpear a algunas personas en el proceso.

Nos quedamos en el hueco que nos hemos hecho junto a la barra, alejadas del ajetreo de la pista de baile. Llevo toda la noche evitando mirar en su dirección, pero el interés disfrazado de curiosidad supera mi autocontrol a cada minuto que pasa. «Por echar un vistazo rápido no pasa nada», pienso tratando de justificarme. Con rapidez y disimulo, miro más allá de Megan, hacia el sillón donde había estado, pero allí no hay nadie. Hago un barrido rápido entre los presentes, pero no le veo. Lo que sí

veo es a un hombre bastante grande acercarse directo a nuestra dirección, y esta vez no soy yo el objeto de interés.

Me giro hacia la barra y le pido al camarero otro vaso de agua. «Esto va a ser divertido», pienso cuando el grandullón termina de acortar el espacio que nos separa y se sitúa al lado de Megan. Ella, ajena a la presencia del hombre, sigue con la mirada fija en la pista de baile. Este, ante la indiferencia de mi amiga, me mira y me lanza una sonrisa abierta que me recuerda mucho a las de Liam, no dudo en sonreírle de vuelta. Solo con eso ya me ha caído mejor que el actual novio de Megan, así que decido ayudarle y me acerco a mi amiga.

—Voy a tomar un poco el aire. Ahora vuelvo —digo tendiéndole el vaso de agua—. Por cierto, tienes un admirador. —Y antes de que pueda reaccionar me escabullo entre la gente.

«Me va a matar».

Es un secreto a voces que no trago a su novio. Es un idiota mujeriego, y Megan se merece más. Soy consciente de que luego me caerá una bronca por ello, pero no me puede culpar por querer algo mejor para ella, y ese tipo desconocido me ha dado mejores vibraciones que el idiota de su novio.

Me abro camino entre la gente dirección a la calle. Necesito un poco del frío nocturno de Portland para rebajar el calor que estoy sintiendo. Consigo salir del tumulto de gente que se acumula cerca de la barra, cuando una mano me agarra la muñeca y tira de mí hacia un recoveco del cual no me había percatado.

Mi cuerpo queda atrapado entre la pared y el torso de la persona que ha tirado de mí, con su mano sobre mi boca. «Como si alguien de ahí fuera fuese a escuchar mi grito por encima de la música», pienso con ironía. Alzo la mirada y me encuentro con esos ojos penetrantes y oscuros que no han abandonado mi mente en ningún momento esta noche y mi corazón comienza a bombear con más fuerza. Estamos tan pegados que seguro que lo está notando. Aprovecho para analizarle de cerca mientras él evalúa si me voy a poner a gritar como una loca si retira su mano. De cerca es aún más atractivo de lo que había deducido en la lejanía. Su mandíbula es ancha y fuerte, y por lo que noto a través de mi camiseta puedo confirmar que está fuerte, tal y como me imaginaba. No me da tiempo a seguir analizándole, pues retira la mano de mi boca con lentitud.

—¿Qué coño es lo que pretendes? —le pregunto algo borde ante su manera de asaltarme. No era necesaria una entrada así.

—Hacer lo que llevo toda la noche queriendo hacer — responde con esa estudiada frase. Antes de que pueda reaccionar, posa una mano en mi nuca y con determinación me acerca a él.

Nuestros labios se unen en un beso hambriento y necesitado. No tardo en reaccionar y respondo con la misma ansia. A quién quiero engañar, lo llevo deseando toda la noche. Una ligera y placentera corriente nace en mis labios y se expande por todo mi cuerpo. Sus manos se mueven por este, explorándolo. Las mías agarran su camisa y le atraen más a mí. Enrosco mis brazos en su cuello y profundizo el beso invadiendo su boca con mi lengua.

Noto su erección crecer a medida que el beso acrecienta su fogosidad y mi excitación aumenta a la par. Sus labios abandonan los míos y atrapa mi cuello en un pequeño mordisco que hace que un pequeño gemido escape de mi garganta. Ahora mismo soy una completa desconocida para mí misma. Nunca había reaccionado así ante un hombre, pero aquí estoy, completamente excitada, en un pequeño recoveco en una discoteca con un completo desconocido. Puede que sea el morbo de la situación, añadida al alcohol, la que me está haciendo sentir de esta manera.

Mi mente deja de pensar cuando su boca vuelve a asaltar la mía. Paso mis dedos por su suave pelo a la vez que él penetra mi boca con su lengua. Enrosca sus brazos en mi cintura y el poco espacio que podía haber entre nosotros desaparece por completo. Su erección parece estar a punto de reventar los pantalones. Él parece llegar a la misma conclusión pues sus dedos comienzan a trazar un lento descenso hasta la altura de la abertura de mis pantalones y desabrocha el botón, dándole acceso a mi húmeda feminidad. «¡Alto!», grita mi cabeza haciéndome reaccionar. Acto seguido le doy un empujón que pone distancia entre ambos. Tengo la respiración agitada y me cuesta mantenerme en pie. Fijo la mirada en él y observo sus labios hinchados y una mirada de no comprender. Seguramente le he cortado todo el rollo, pero tenía que parar esto. Por Dios, estamos en una discoteca, con gente alrededor. Por muy morbosa que fuese la situación no pienso dejar que vaya a más.

—No me jodas. De las dos he tenido que elegir a la mojjigata —dice torciendo los labios.

«Y la cagó», dice una voz en mi interior. Con su comentario siento como se rompe el momento y se esfuma la excitación de mi cuerpo.

—No sé por qué ofenderme más, si por el hecho de que me acabes de llamar mojjigata o porque hayas usado el término *elegir*. ¿Qué somos las mujeres para ti, una camisa? Ahora que te has probado la camisa de cuadros y ves que no te queda, ¿vas a ir a mi amiga y probarte la de rayas? —respondo frunciendo el ceño enfadada por su comentario.

—Hombre, si ella quiere... —Adopta una expresión burlona acompañada por una pose que emana seguridad y arrogancia.

—Eres un cerdo —declaro entrecerrando los ojos—. Me alegro de no haber seguido adelante con un individuo como tú.

—Cariño, ten por seguro que si hubieras seguido no estarías pensando lo mismo. —Se acerca lo suficiente como para que mi parte racional se desconecte y me sienta tentada por esos labios. Una brisa sobre mi abdomen me recuerda que aún tengo el pantalón desabrochado y me trae de vuelta a la realidad.

—Eres asqueroso. Un ricachón más —comienzo mientras mis manos trabajan en abrochar el pantalón—. Egocéntrico y arrogante, que cree que puede hacer lo que quiera con quien quiera. —Enarca las cejas con un brillo de diversión en sus ojos. Niego con la cabeza, exasperada—. No mereces la pena —declaro

dándole un empujón y, sin darle tiempo a responder, salgo del escondite dispuesta a dar por finalizada la noche.

El viaje de vuelta a casa en taxi está envuelto en un vaivén de pensamientos, adornados por la voz de Megan recriminándome la encerrona en la discoteca, la leve lluvia deslizándose por la ventana y la música que el taxista ha decidido que es buena para ambientar una noche así.

No puedo sacarme de la cabeza al estúpido adonis. Será idiota. No me puedo creer que aún existan tíos así. Pero lo más increíble de todo esto, es que no es la primera vez que me dejo llevar con alguien como él. Empiezo a pensar que el problema lo tengo yo. ¿Es que soy incapaz de fijarme en un buen tío por una vez? Que siempre tienen que ser idiotas...

—¿Me estás escuchando? —pregunta Megan a mi lado.

—Que sí. Que soy muy mala amiga por querer que estés con alguien mejor que tu novio —respondo observando las farolas pasar.

—Ya estamos otra vez. No entiendo qué problema tienes con él. Es bueno conmigo y me hace feliz. ¿Es que eso no es suficiente?

«No», respondo en mi cabeza. Está idiotizada por el amor que siente por su novio y es incapaz de ver la verdad, aunque se la señales. Pero no quiero discutir. Esta noche no. Ya me he llevado

un batacazo y no quiero terminar discutiendo con mi mejor amiga, así que me callo y las dos damos el asunto por zanjado.

Cinco minutos después, el taxi para en la puerta de mi edificio y me bajo de él. Me recibe el frío de la noche, pero no me importa, viene bien para despejarme.

—Buenas noches, cumpleaños —se despide Megan con una sonrisa, saca medio cuerpo por la ventanilla bajada del taxi y me envuelve entre sus brazos—. Te quiero. Aunque odies a mi novio.

—Eso lo piensas porque estás borracha —respondo riéndome—. Buena suerte en los exámenes —le deseo, aunque sé que no le hace falta. Se pasa todo el tiempo que puede estudiando. Es más, desde que entró en la universidad casi no nos vemos, pero no la puedo culpar, tal y como yo he estado haciendo estos años, ella está trabajando por su futuro y estoy muy orgullosa de ella. ¿Quién le iba a decir que viniendo de una escuela más bien mediocre estaría estudiando una carrera de verdad, y no como el resto de nosotros, buscándonos la vida para conseguir algo de dinero con el que ir tirando? Aunque yo tampoco me puedo quejar. Estoy a punto de cumplir mi sueño.

Apenas me suelta, el impaciente taxista pone el coche en marcha y veo cómo se aleja calle abajo con el cuerpo de mi amiga aun sobresaliendo del vehículo.

—¡Nos vemos en dos semanas! —grita antes de desvanecerse por la esquina.

Dos semanas. Ese es el tiempo que me queda en la ciudad que me ha visto crecer.

En cuanto desaparecen de la calle el silencio nocturno me envuelve por completo. Son casi las tres de la madrugada, y no hay ni un alma fuera de casa, lo que hace que la noche mejore un poco. Me encanta el silencio que hay a estas horas en la ciudad. Aunque mi barrio no sea muy céntrico, el sonido de los coches y la gente ajetreada yendo de un lado para otro llega a todas partes, eliminando el silencio y la paz de cualquier lugar cercano. Me permito unos minutos para disfrutar de esta tranquilidad antes de entrar en mi minúsculo apartamento, sin importarme que la recién empezada lluvia se cuele por mi ropa. Cierro los ojos y respiro con profundidad, permito que el frío entre en mi interior y expulse lo malo de la noche. He visto a Megan, y hemos bailado y celebrado mi cumpleaños. Eso es con lo que me quedo. Ningún idiota amargaré el recuerdo de la noche de mi cumpleaños.

Envuelta en esas buenas y mejoradas energías, entro en el edificio y subo los seis tramos de escaleras que me separan de mi planta. Enciendo la luz y camino por el pasillo hasta la puerta de mi apartamento, feliz por tirarme en la cama y dormir con Kira.

Sin duda, la peor parte de ir de una casa de acogida a otra fue la imposibilidad de mantener a mi gata conmigo. Me resultó muy duro perder a mi madre y que a su vez me obligasen a renunciar a nuestra gata para entrar en un sistema al que no quería pertenecer. Aun a día de hoy, doy gracias a Megan y sus padres por haberla acogido en su casa durante esos años.

Camino por el pasillo sumida en mis pensamientos cuando, de pronto, noto algo que me hace parar en seco, y esa tranquilidad

que había conseguido se evapora más rápido de lo que había llegado. La puerta de mi piso está entreabierta, y a parte de Megan y la señora Benson, soy la única que tiene llave. Y la señora Benson se niega a pisar mi barrio por miedo a que la roben o la maten. Miedos infundados y exagerados, obviamente. No es tan mal barrio. Aunque en este momento, permito que los miedos de la señora Benson se hagan eco en mi interior.

Un escalofrío me recorre la nuca mientras, con sigilo, acorto la distancia que me separa de la puerta. Me paro delante de esta y trato de escuchar algo proveniente del interior del piso, pero el único sonido que percibo es el latido de mi propio corazón queriendo salir de mi pecho. Con suavidad empujo la puerta y esta se abre e ilumina el oscuro interior con la luz del pasillo. Hay cosas tiradas por el suelo, pero no hay indicios de gente. Con la misma suavidad con la que he actuado hasta ahora, entro en mi apartamento y cierro la puerta tras de mí.

Enciendo la luz, lo que me permite ver la magnitud del desastre. Pocas cosas quedan en su sitio. Algunas están rotas, y otras, como mi portátil, no están donde los he dejado al salir de casa. Pero hay algo que me preocupa más que un simple portátil desaparecido, o el hecho de que los vecinos no se hayan inmutado.

—Kira. —Me sale un sonido casi inaudible. Carraspeo y lo vuelvo a intentar—. Kira —repito avanzando por la habitación sin obtener respuesta. Mi preocupación va en aumento a cada segundo que pasa sin obtener señales de vida—. Kira...

No quiero ni pensar en la posibilidad de que haya huido por la puerta abierta. —Nunca ha estado en la calle. No sé cómo podría reaccionar o si sabría manejarse—. Un pensamiento más negativo sobre lo que le ha podido pasar se abre paso en mi cabeza, pero me obligo a mí misma a descartarlo en ese mismo instante. Me asomo al baño y siento un ligero alivio al comprobar que ha estado libre del saqueo. Sin embargo, no hay señales de Kira ahí tampoco. Mi mente recupera ese segundo pensamiento que había descartado y lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. No puedo perder a Kira. Es lo único que me queda de ella. Lo único que he podido conservar a través del tiempo a parte de la foto. Me acerco a la nevera y compruebo que la foto no está en su sitio, busco entre las cosas rotas del suelo y la encuentro bajo el dibujo de cumpleaños que me ha hecho Liam. Ambas cosas se encuentran sucias y arrugadas. No puedo evitar que más lágrimas recorran mis mejillas al ver la cara sonriente de mi madre ahora marcada de por vida por esta noche. Me siento sobre el trapo de cocina que hay tirado frente a la pila, sin importarme los platos rotos que me rodean y rompo a llorar.

De repente, un ruido proveniente de uno de los armarios de la cocina me saca del estado en el que estoy. Vuelve a escucharse el sonido, esta vez seguido de una especie de maullido. Lo reconozco de inmediato y corro a liberar a mi gata. Esta, aunque al principio se muestra alterada y arisca, cambia su postura al comprobar que soy yo y no duda en salir del armario y venir a mi encuentro. No tardo en acercarla a mi pecho y abrazarla. Creo

que nunca me he alegrado tanto de verla, y podría decirse que es recíproco. Siento que toda esa presión que sentía en mi pecho se disipa al comprobar que Kira está bien.

Con ella ronroneando contra mi pecho, y mis brazos alrededor de su cuerpo, me levanto del suelo y me dejo caer sobre la cama. Esta noche ha sido una montaña rusa, y necesito volver a encontrar un poco de serenidad antes de llamar a la policía para denunciar el robo. Sin embargo, el universo aún tiene guardada una última sorpresa para mí.

No han pasado ni dos minutos desde que me he tumbado en la cama cuando noto algo raro en el techo. A simple vista había pasado desapercibido, pero ahora que lo observo detenidamente, noto que hay una pequeña mancha negra en uno de los paneles.

«No, no, no. Por favor, eso no», rezo mientras dejo a una confusa Kira en la cama y me pongo de pie sobre el colchón. Alzo el panel manchado y meto la mano esperando encontrar la bolsa que escondí ahí, pero mis dedos no se topan con nada a su paso y la tristeza da paso al enfado. Furiosa cierro el panel y corro a por mi bolso, tirado sobre el montón de ropa que antes rellenaba el armario. Rebusco en su interior hasta dar con el móvil. A cada minuto que pasa noto una mezcla entre ira e impotencia crecer en mi interior. Primero la foto en el suelo estropeada, luego Kira encerrada en un armario, y ahora parte de mi dinero ahorrado... Marco el número lo más rápido que mis dedos me lo permiten y me lo llevo a la oreja.

—¿Policía? Quisiera denunciar un robo.

3

CHARLOTTE

Camino hasta llegar a la cafetería de la señora Benson y me quedo fuera, observando el movimiento de gente en su interior a través del cristal que cubre toda la pared. Hace tres días del robo, y la policía sigue sin tener información, aunque ya me avisaron que diese las cosas por perdidas, que aunque llegasen a atrapar a los culpables, estos ya se habrían desecho de todo.

A pesar del impacto inicial de lo ocurrido, he cambiado la manera de verlo y ahora me lo tomo más como una señal que como un castigo. Igual tenía que pasar un tiempo más aquí. Hace unos días me sentía triste por irme tan pronto, ahora tengo la oportunidad de pasar unas semanas más aquí mientras encuentro un trabajo con el que reponer el dinero perdido antes de tener que despedirme del local que ya tenía apalabrado en Holbrook, el pueblo de mi madre. Eso sí, con un pequeño inconveniente, me queda solo una semana de trabajo en la cafetería y la señora Benson ya me adelantó mi sueldo para poder pagar el local.

Dinero que me robaron la noche de mi cumpleaños. Así que necesito con urgencia encontrar un trabajo. Uno donde paguen bien. Y a poder ser, que no tenga que desnudarme ni prostituirme... Vamos, un milagro es lo que necesito.

La señora Benson está despachando a una clienta cuando mira a través del vidrio y me ve ahí de pie, en mitad de la acera. Me lanza una mirada de lástima, al comprender que hoy tampoco traigo buenas noticias, y yo respondo con lo que debería ser una sonrisa tranquilizadora, pero no me la creo ni yo.

Haciendo acopio de fuerza, me pongo en movimiento y entro en el local. Me queda todo el día por delante, horneando y atendiendo a gente con una gran sonrisa pintada en mi cara. Saludo a los clientes y paso por detrás de la señora Benson con la intención de encerrarme en la cocina. Cuando antes empiece, mejor.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta mi jefa entrando por la puerta de la cocina horas después, con un vaso en cada mano. Siempre aprovechamos la hora de la comida, que hay muchos menos clientes, para relajarnos y deshacernos un poco del estrés de la mañana. Me tiende uno de ellos y disfruto del magnífico olor del té de menta. Aunque antes era más aficionada al café, con el paso de los años y la clara influencia de la señora Benson me hice fan de los tés. O mejor, de sus tés, siempre magníficos. Yo, por mi parte, le tiendo un plato con un par de sándwiches sobre él. No es la mejor comida del mundo pero es lo que hay.

—Como todas —le respondo tras dar un sorbo del líquido caliente—. Parece ser que como no tengo carrera ni he terminado el instituto no sirvo ni para trabajar de recepcionista.

—Es absurdo —responde frunciendo el ceño. Se acerca al banco pegado a la pared que utilizamos para los descansos y se sienta sobre él.

—Pero así es hoy en día —respondo encogiéndome de hombros y me acomodo a su lado.

—Igual podría... —comienza a decir pero la corto. Ya sé lo que me quiere proponer. Lo he rechazado otras veces y lo seguiré haciendo.

—No. De verdad, tú ya has hecho mucho por mí estos cinco años.

—Pero no te puedo dejar sin trabajo. Os contrataré a las dos —afirma decidida.

—Sabes que no puedes hacer eso, y la nueva se merece este trabajo. Es mi momento de abandonar el nido —argumento tratando de sonar convincente.

Estoy perdida, no me contratan en ningún lado, el banco no me quiere dar dinero porque mi contrato de trabajo va a finalizar, tengo gastos que pagar y por ahora ningún indicio de ingresos posibles. Pero no voy a dejar que la señora Benson salga perjudicada con esta situación. Las dos sabemos que no se puede permitir contratar a dos empleadas, sus beneficios se verían visiblemente afectados, y ella ya tiene sus propios gastos y un hijo al que mantener. Ya veré cómo me las apañó, pero no será

perjudicándola a ella. Me apoyo sobre su hombro, de la misma manera que solía hacer con mi madre en días malos, y ella apoya su mejilla contra mi cabeza.

—He conseguido hablar con la dueña del local de Holbrook. Se ha mostrado reticente, pero he conseguido convencerla para que me espere unas semanas más para pagarle el dinero íntegro —le informo cambiando de tema.

—Gracias a Dios, una buena noticia —dice posando su mano libre en mi antebrazo y me da un ligero apretón cariñoso.

—No todas iban a ser malas —argumento sonriendo y me enderezo en el asiento.

Mientras nos comemos los sándwiches nos sumimos en un silencio agradable, de esos que no hace falta rellenar con palabrería. No siempre es necesario cubrir estos descansos con palabras, a veces el simple silencio ayuda más. Cuando me termino el líquido tiro el vaso de cartón a la basura, me levanto y camino de vuelta a la masa de la tarta que he dejado a medias.

—Fin del descanso. En menos de una hora esto estará otra vez hasta arriba y tengo que terminar las tartas —mi jefa no responde, así que me giro y la observo. Está tan metida en sus pensamientos que no es consciente de que la estoy mirando. De pronto, una ligera sonrisa asoma entre sus labios y alza la mirada hacia mí—. ¿Señora Benson? —pregunto al ver que sigue observándome con esa sonrisa adornando su cara, pero sin decir nada.

—Cariño —se levanta del banco con energía—, ¿cuántas veces te he dicho que me llames Florence?

—Las mismas que te he respondido que me resulta extraño hacerlo —digo alzando las cejas con una expresión divertida.

—Bien. Y ¿qué me responderías si te dijera que puede que sepa de un lugar donde tengas alguna posibilidad para trabajar? Sería por la noche y en el centro de la ciudad.

—Te respondería que dónde y a qué hora. Y te preguntaría por qué no me lo has dicho antes — ignora la pregunta pero mi respuesta parece gustarle, pues su sonrisa se ensancha por completo.

—No hay nada seguro, pero déjame hacer algunas llamadas y te digo —me informa dándome unos toques en el hombro y acto seguido sale de la cocina canturreando una alegre melodía.

CHARLOTTE

«No puede ser», pienso mientras mis ojos analizan la conocida fachada. Con la cantidad de discotecas que hay en la ciudad, quién me iba a decir que iba a terminar buscando trabajo en la misma discoteca en la que celebré mi cumpleaños. De mi bolsillo, saco el papel con la dirección y compruebo que es la misma que he metido en el GPS del móvil. Guardo ambas cosas en mi bolso y me acerco al edificio mientras mis ojos repasan la fachada. Con las luces de los letreros apagadas y la luz del día iluminándola no parece tan glamurosa como por la noche. Aunque puede, que su falta de atractivo también se vea afectado por la ausencia de una fila de varios metros de gente esperando atravesar las puertas custodiadas de noche por un par de seguratas.

Paro frente a la puerta metálica y la golpeo con los nudillos. A los pocos segundos se escuchan ruidos al otro lado y esta se abre de golpe. Retrocedo con rapidez antes de ser golpeada por la misma. Ante mí está el camarero que estuvo sirviéndonos los

chupitos a Megan y a mí la otra noche, el del culo alucinante, y debo admitir que bajo la luz del día sigue estando igual de bueno.

—Tú debes ser Charlotte —comenta con una gran sonrisa.

—Así es —respondo tendiéndole la mano—. Tony, ¿verdad?

—Un placer —dice con formalidad estrechando mi mano—.

Perdona, pero me suenas de algo, ¿nos hemos visto antes? —pregunta aún sin apartar los ojos marrones de mi cara.

—Hace unos cuatro días estuve aquí con una amiga.

—Ah, joder. Las de los tequilas —afirma con una sonrisa divertida, señalándome con el dedo. Asiento resignada al ser recordada como una borracha—. Pasa, pasa. —Se aparta a un lado para dejarme pasar y cierra la puerta una vez entro—. Te voy a explicar un poco esto. Has tenido suerte, justo esta mañana ha llamado nuestro compañero para decirnos que no iba a venir más.

Habla mientras camina por el interior del local y yo me limito a seguirle de cerca.

—Sí, algo así me ha dicho tu tía.

—Se veía venir lo del chico este. Nunca ha terminado de encajar en el trabajo. Era cuestión de tiempo que lo dejase. —Por encima del hombro me lanza una sonrisa—. Mi tía ha llamado en el momento perfecto. Tu currículum era el primero de la lista. —Hace una pequeña pausa antes de seguir hablando—. ¿Cómo es trabajar con mi tía? —inquieta girándose a mirarme sin dejar de caminar.

—Es la mejor jefa que he tenido nunca —afirmo con una sonrisa. Omíto el hecho de que es la única jefa que he tenido.

—No creo que pienses lo mismo de nuestro jefe, Chris, pero no está mal. Al menos paga bien —responde encogiéndose de hombros y yo me centro en eso último que ha dicho. Cuando antes consiga el dinero antes puedo pagar el local de Holbrook y antes me puedo ir.

Caminamos por el local y me explica qué hay tras cada puerta cerrada y las funciones que tengo, que como era de esperar, es estar en la barra y servir copas. Me indica la cantidad justa que debo servir de alcohol en cada vaso. También me explica dónde están las cosas, y en caso de que algo se termine, dónde puedo conseguir más. Me da unos cuantos trucos para agilizar el trabajo y también para ganar algunas propinas. Le escucho con atención, solo espero acordarme de todo lo que me está diciendo luego, con las prisas.

—Ah, y el horario es de nueve a tres de la madrugada de jueves a sábado y de nueve a dos el miércoles y domingo. Lunes y martes libramos —se calla un momento como cayendo en la cuenta de algo—. ¿A qué hora entras donde mi tía? —pregunta llegando a la misma conclusión que yo.

—A las cinco de la mañana —confirmando sus sospechas. Tengo menos de dos horas para echarme una siesta entre un trabajo y otro. Lo bueno es que me queda tan solo una semana de trabajo en la cafetería, después seré libre para descansar en condiciones.

—Pues mucha suerte —responde tratando de reprimir una sonrisa—. El jefe se pondrá en contacto contigo para firmar el contrato. Trata de no liarla. Respondo por ti. —Se encoge de

hombros despreocupado y se vuelve hacia los estantes de detrás de la barra, donde hay varias botellas alineadas a la perfección—. Tengo que hacer unas cosas antes de abrir. Necesitamos botellas nuevas. En el almacén están las cajas con las que necesitamos, ¿podrías encargarte?

—Marchando —respondo con entusiasmo y camino hasta la puerta del almacén, la única abierta en este momento.

Me dirijo hacia las dos cajas amontonadas una encima de otra al fondo de la habitación cuando de pronto, alguien sale de entre las estanterías. Retrocedo asustada por la inesperada aparición y en el proceso golpeo una de las estanterías. Escucho como las botellas que esta contiene se tambalean en su lugar y me giro rezando porque no se precipiten hacia el suelo.

«No puede sucederme eso en mi primer día de trabajo».

Sujeto la estantería para que deje de temblar, pero las botellas siguen amenazando con dejarse caer. De repente, unos brazos musculosos hacen acto de presencia, recordándome que no estoy sola, y se colocan por encima de los míos. Con su ayuda, las botellas parecen estabilizarse, y no puedo evitar sentirme agradecida, a pesar de ser el culpable del susto que ha provocado todo esto. Noto su cuerpo cerca del mío, y en contra de la incomodidad que debería estar sintiendo, me encuentro queriendo acortar el espacio que nos separa. Mis fosas nasales se impregnan de su olor, un olor que no sé identificar, pero es agradable. Sacudo la cabeza y alejo esos pensamientos. Esto

parece hacerle reaccionar. Suelta la estantería y la distancia entre nosotros aumenta.

Aún con cuidado, suelto la estantería y me giro hacia el propietario de esos brazos para agradecerle la ayuda. Si el jefe es tan majo como ha dejado entrever Tony, no quiero ni imaginar cómo podría haber llegado a reaccionar al enterarse de que he roto varias de sus botellas. Cuando alzo la mirada hacia el propietario de esos brazos la disculpa muere en mis labios.

—¡Tú! —exclamo sorprendida—. ¿Qué haces tú aquí? —le pregunto cruzándome de brazos. Lo último que esperaba al empezar a trabajar aquí era encontrarme con el idiota de mi cumpleaños.

—Podría preguntarte lo mismo —responde con una voz grave y profunda que no pude llegar a apreciar el otro día con el estruendo de la música. Se cruza de brazos y enarca una ceja, a la espera de una respuesta por mi parte. La expresión de arrogancia que recuerdo bien no le abandona en ningún momento.

—Trabajo aquí —justifico sin llegar a saber por qué. Ni que le debiera una explicación sobre qué hago aquí. Aunque una parte de mí quiere hacerle saber que como empleada que soy, tengo todo el derecho del mundo a estar aquí.

—¿Desde cuándo? —pregunta evaluándome.

—Desde hoy —respondo con seguridad—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —insisto sin dejarme amilanar por su altura o por el hecho de que aún sigamos cerca el uno del otro.

—Podría decirse que también trabajo aquí —responde sin dejar de analizarme.

—Genial... —respondo con ironía esperando no volver a encontrármelo lo que queda de noche—. Ahora si me disculpas, tengo que seguir trabajando —respondo dando por finalizada la conversación.

Bajo su atenta mirada, prosigo mi camino hacia las cajas del rincón, me obligo a ignorar su presencia mientras cojo una de ellas y salgo de allí con la cabeza bien alta, sintiendo el peso de esa mirada sobre mí.